

Mi abuela tiene un bicho



Oráculo
Ediciones

*Mi abuela tiene
un bicho*



© de la portada e ilustraciones interiores, Hernán González.
© de los relatos, sus respectivos autores y autoras.
© de la presente edición Oráculo Ediciones

Corrección: Carla Austez
Diseño: Lafarium

Todos los derechos reservados
Publicado bajo el sello Oráculo Ediciones
Director Editorial: Diego Arandojo
Contacto: oraculoediciones@gmail.com

1° edición: Noviembre de 2018

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

ÍNDICE

PRÓLOGO por Diego Arandojo.....7

RELATOS GANADORES

CANTOR por Vanesa O' Toole.....9

EL ÚLTIMO DESEO por Esteban Dilo.....13

LA CRIATURA GRIS por Angie Pagnotta.....17

LA TARTA DE MANZANAS por Sergio Salgueiro.....21

ÁRBOLES EN LA NOCHE por Ramiro Sanchiz.....25

RELATOS CON MENCIÓN

MI ABUELA TIENE UN BICHO por Christian Nigri.....31

NEKOMATA por Leonor Ñañez.....33

MUSGO ROJO por Cristian Dirazar.....35

USA MI BOCA por Yamila Sandoval.....37

POLA por Maximiliano Ponce.....39

LA INTRUSA por Dolores Pal.....41

PARA SIEMPRE por Mariano Otero.....43

MI ABUELA TIENE UN BICHO por Caro Panero.....45

BICHO por Gerardo Noseda.....47

LLAMAN A UNA Y VIENEN TODAS por Inés Luque Aravena.....49

MI ABUELA TIENE UN BICHO por Marco Augusto Chiabo.....51

DIARIO DE UN NIÑO EXCLUIDO por Pablo Paz.....53

¡ASÍÍ DE GRANDEEE...! por Jorge Lacuadra.....55

EL DÍA DE LA COSECHA por Luis Navas Delgado.....57

EL SÓTANO CAVADO EN LA ROCA por Alejandra Waltes Bajac.....59

24 HORAS por Mario Abdala.....61

EL DÍA QUE CAYÓ GRANIZO por Gerado Van Junker.....63

COQUI por Julio Paz y Vadala.....65

CUENTOS DE MI MADRE por Ernesto Parrilla.....67

MI ABUELA TIENE UN BICHO por Daniel Peralta.....69

CUATRO DOS TRES por Mauro Insaurralde Micelli.....71

COSAS DE LA ABUELA SABINA por Víctor Lowenstein.....75

UN BICHO por Hernán Molina.....77

PRÓLOGO

La realidad es una fuente inagotable de historias. En la calle habita lo ordinario, que roza constantemente con lo extraordinario. Fue así cómo surgió la idea del concurso, cuyos relatos componen este libro. Una frase al pasar, mientras caminaba de regreso a mi casa. Una mujer charlando con un vendedor de periódicos. “Mi abuela tiene un bicho”, le murmuró al hombre. Continué mi camino sin reparar en la respuesta que obtuvo ante tal afirmación. Pero fue suficiente como para disparar en mi cabeza imágenes y sensaciones.

Decidí que como la literatura es juego, sería interesante construir un concurso de relatos bajo aquel tema, el de la abuela y su bicho. Fue así que con nuestra publicación digital *Lafarium* lanzamos la propuesta. Y en este caso sí tuvimos una respuesta, verdaderamente desbordante: 112 cuentos recibidos. Escritores y escritoras de Argentina, España, Chile, Paraguay y Uruguay se tomaron el tiempo para liberar su imaginación; soltaron a ese bicho que luego descendió en el papel.

Estamos muy contentos con el resultado del concurso. La selección no fue fácil, pero podemos afirmar que *Mi abuela tiene un bicho* es un fiel representante de la imaginación rica y poderosa que puede trasladar al lector a nuevos horizontes.

A todos los que participaron, muchas gracias; a Hernán González, ilustrador de la portada y de los cinco relatos ganadores, también extendemos nuestro agradecimiento.

Diego Arandojo



CANTOR

POR VANESA O' TOOLE

—¡Qué hermoso canta! —embelesada, miraba al ejemplar enjaulado.

Su novio la había invitado a conocer aquella especie de la que tanto había presumido. Al principio, no le creyó. ¿Quién podía tener de mascota uno de esos bichos, si se habían extinguido hacía décadas?

El muchacho le contó que su abuela lo encontró entre la basura. Sucio, oloroso y flaco, se le veían hasta los huesos.

—¿Cuántos años tendrá?

—Ni idea —respondió él—. Pero es viejo; ¿viste qué arrugado está?

Ella examinó la piel como pergamino. Le llamó la atención que no tuviese plumas ni tampoco pelo.

—¿Y qué le da de comer?

—Mi abuela le da ratas y algunas plantitas. La verdad, no sé cómo mastica con tan pocos dientes...

Lo miraron en silencio, pensativos. El ejemplar tenía la mirada perdida, como si recordara su pasado... ¿Acaso esos bichos pensaban? ¿Se acordaría de cuando era chico, de cuando su mamá lo había parido, de los amigos que había hecho o de las aventuras que había vivido? ¿Recordaría que su raza había desaparecido por matarse unos a otros? ¿Cómo habría escapado?

La muchacha sonrió. No entendía nada de lo que cantaba, pero la triste melodía le agradaba. Quizás el bicho tuviera una canción asignada a su especie, al igual que ellos al nacer. O tal vez su raza le permitía aprender otras canciones, como tanto le hubiese gustado a ella.

—¿Alguien más sabe que tu abuela adoptó a este bicho?

—Es un secreto de Estado. Si se enteran los vecinos, lo matan a picotazos o le arrancan los ojos.

—Pobrecito... Me da lástima ahí enjaulado. ¿Y si lo soltamos?

—Ya se acostumbró al cautiverio. Además, si lo dejamos libre, se va a morir de hambre. Está bien con mi abuela; ella lo cuida y comida no le falta. Dice que canta para ella, como si le agradeciera.

—¿Qué dirá esa canción?

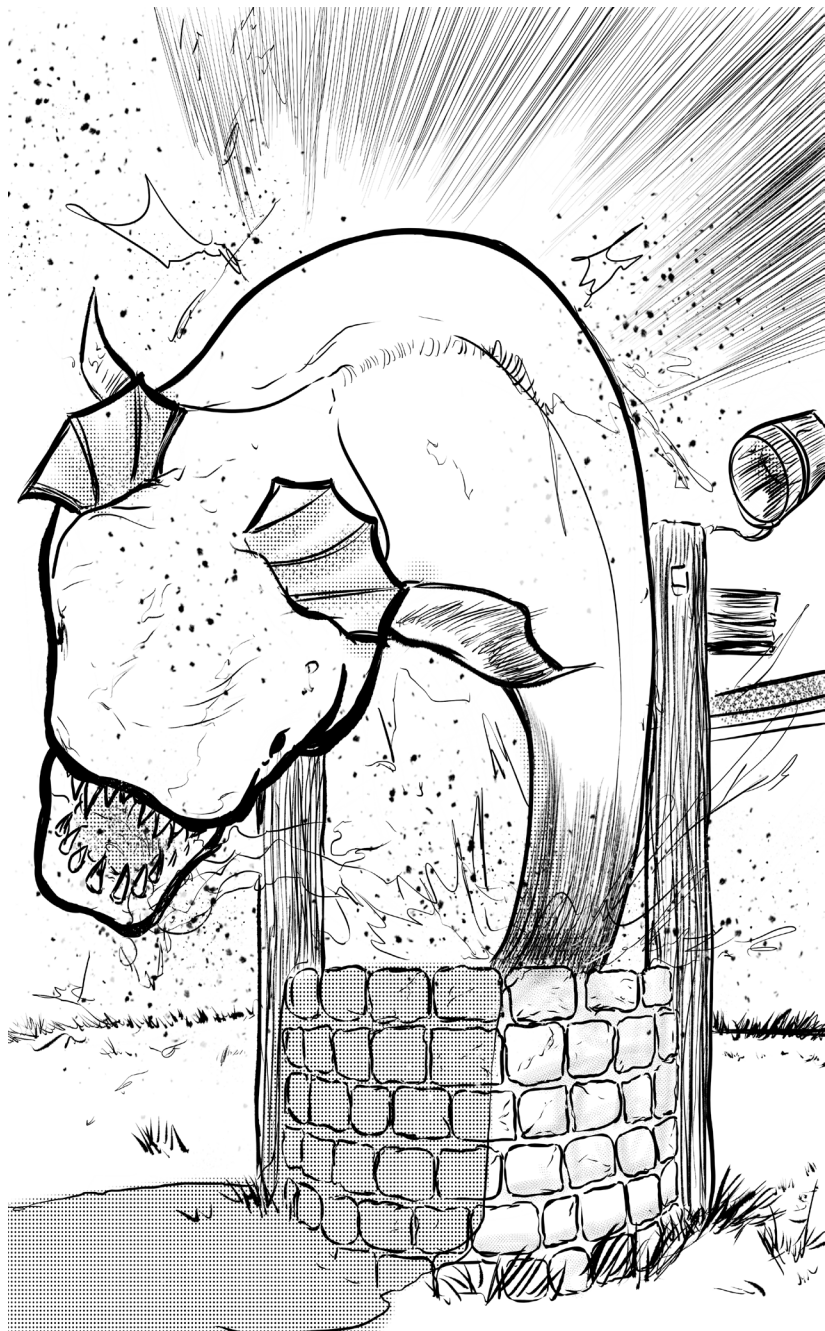
—Andá a saber —el muchacho vio el sol asomarse tras los edificios destruidos. Era una hermosa mañana de agosto, pero hacía mucho que el tiempo no se medía ni en meses ni en años. Después de todo, ellos ni siquiera lo sabían—. Vamos a llenar el buche, ¿te parece?

—Dale, y si nos queda tiempo, veamos algunas ramas. Sería bueno armar el nido.

Se dieron un piquito y luego echaron a volar.

El bicho los miró alejarse y volvió a cantar, mientras los pájaros se unían a la bandada para sobrevolar los escombros de un obelisco hecho pedazos.

—*Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver...* —entonó el bicho enjaulado, esperando que aquella a la que llamaban “abuela” viniese a traerle su ración diaria. Pero eso, tampoco lo sabía—. *No habrá más pena ni olvido...*



EL ÚLTIMO DESEO

POR ESTEBAN DILO

Algunos padres plantan un árbol a la par del nacimiento de sus hijos para “comparar”, para extrañar menos cuando la soledad empaña los recuerdos lejanos. Mi padre tuvo costumbres diferentes: cuando yo llegué construyó un aljibe. Es el detalle más lindo que heredé, así, mi casita se destaca sobre todas las del barrio. Se lleva todas las miradas.

Algunos de mis vecinos dicen que soy una loca; los nenes me gritan: la vieja de los deseos y no sé cuántas cosas más. Cuando espío por la ventana que da a la calle escucho muchas versiones de lo que soy para la cuadra, pero *vaffanculo*, si ni siquiera yo, con 89 años sé quién soy, para qué renegar.

Brian, el nene de enfrente, es más mirón que mis vecinas: algunas mañanas me observa cuando “voy a pedir deseos al aljibe”, siempre tiro una monedita entre los adoquines azulados. Cuando termino, saludo a mi vecinito y es ahí cuando hay un ida y vuelta: él levanta la manito para devolverme la cortesía. Es un buen nene.

Es el aniversario del aljibe, y por ende, el mío. Nadie viene a saludarme, desde hace un tiempo largo tengo que invitar a alguien para que me acompañe en mi festejo. Es triste, pero funcional.

Le toca a Brian.

Esta mañana salí al parque delantero con la torta recién horneada. Él me vio y levantó la cabeza como si pudiese olerla desde esa distancia. Le hice una seña y, cómo será el hambre que cruzó la calle casi sin mirar. Los padres lo descuidan demasiado, casi siempre están en la esquina; no habrá problemas.

Brian se comió porción tras porción, casi sin masticar, hasta que mordió una moneda. El grito acompañó la deformación de su carita, las lágrimas se abrieron paso sobre su piel de barro. Le metí las arrugas de mis manos en la boca y me lo pegué al pecho. Escupió la moneda, algo doblada, y con los ojos abiertos a más no poder miró la torta y se acongojó un poco más. Vio las decenas de monedas doradas entre la masa, pude sentir cómo se le aceleró el corazoncito. Quiso irse, pero solo quedó en un querer.

De un manotazo tiró la torta por el hueco del aljibe, y ahí es cuando lo escuchó. El *coso*, como lo llamaba mi padre, saltó y desarmó las porciones que quedaban aun en el aire, solo para masticar las monedas. Su verdadero alimento. Era un monstruo blanquecino, las pupilas rosas se podían ver desde la superficie; parecía un ser acuático por sus escamas, pero yo sé que viene desde la oscuridad. Tomé al pequeño por los hombros y lo levanté como puede, el ciático me decía que no, pero necesitaba mi regalo. Lo dejé sentado sobre los adoquines, los mocos embarrados se le metieron en la boca que no cerraba ni siquiera para tragar saliva.

Ahí va tu tesoro, *coso*.

Lo empujé. Brian cayó de espaldas, no se desmayó. Las garras afiladas por las piedras se incrustaron en la remerita del Capitán América, para abrirse paso a la pancita llena de monedas, torta y sueños sin cumplir. El ataque fue rápido, *coso* sacó el intestino como si estuviera rescatando algo con una soga. Metió sus fauces una, dos, tres veces, intercalando con cortas bocanadas de aire.

Brian, con sus manitos todavía sucias con chocolate, rasguñaba las piedras del fondo del aljibe. Hasta que cerró los ojos.

Ahí supe que había cumplido.

Ya podía pedir mi deseo.



LA CRIATURA GRIS

POR ANGIE PAGNOTTA

En el barrio aún nadie sabía de su existencia, pero una mañana de otoño, en la esquina de Cruz y Ambaceres por fin se supo, o por fin *alguien* lo supo. “Mi abuela tiene un bicho”, le dijo Mariela a media voz —en la distancia exacta entre susurro y grito— a Germán. Su amigo de toda la vida abrió los ojos en evidente cara de susto. De inmediato preguntó si estaba segura de lo que decía, la cuestionó en que quizás se confundía o que estaba equivocada y le dijo que, de ser cierto, había que tener mucho pero mucho cuidado.

Mariela y Germán caminaron en dirección a la casa de Irma, la abuela de Mariela. Intentaron acelerar el paso lo máximo que pudieron, pero tampoco querían salir corriendo y levantar sospechas de nada, a nadie. Era muy importante ser cautos. Sabían que si la gente se enteraba de la existencia de esa criatura, la vida de su abuela y la de ellos correría, aún, más peligro.

Al llegar al 451 de la calle Sirgaruta las persianas estaban bajas, algo extraño siendo la hora del mate y siendo que, a esa hora, la abuela Irma siempre tenía las persianas levantadas. Enseguida Mariela se lo dijo a Germán y él trató de desviar el tema con ánimo de no asustarla. Mariela sacó las llaves del bolsillo y, nerviosa, quiso abrir la puerta pero no hubo caso: la llave parecía no funcionar.

Germán tomó las llaves e intentó abrir pero nada, no había caso. Tocaron el timbre y golpearon la puerta haciendo bastante ruido.

De pronto escucharon el *click* de la cerradura y la puerta se movió levemente, lo que incitó a que Germán empujara por si

había alguien detrás, al acecho. Ya adentro de la casa todo parecía en calma. Había olor a tostadas recién hechas, a café y a las flores del patio, unos deliciosos jazmines que impregnaban el ambiente: todo estaba entremezclado en el aire, como cualquier tarde más en la casa de su abuela.

Al acercarse hacia la habitación fue el desastre: allí notaron una criatura gris montada sobre el pecho de Irma, quien yacía acostada en la cama. Esta criatura entre transparente, lechosa y borrosa decía cosas en una lengua que no entendían, susurraba por lo bajo. Tenía unas extremidades, como unas especies de manos, alrededor del cuello de Irma y decía cosas extrañas, cada vez más extrañas. Ante la escena Mariela y Germán estaban atónitos, estáticos, no podían ni moverse ni hacer o decir nada. El tiempo parecía detenido. Parecía que los dos estaban en una cápsula atemporal de la que no podrían salir en mucho tiempo.

La criatura gris seguía sobre el pecho de Irma, saltando, moviéndose frenéticamente y balbuceando palabras en una lengua muerta, en un idioma extraño, hasta que en español, la criatura dijo enfurecida: “Sal de ahí, sal, demonio, ahora yo voy a ser quien te exorcice de este cuerpo anciano, ahora mismo te quitaré el gran peso de ser Irma”.



LA TARTA DE MANZANAS

POR SERGIO SALGUEIRO

Cuando avanzó hacia la puerta de la piecita del fondo, atravesando el patio, enceguecido por el fuego del sol del mediodía que rebotaba en las baldosas blancas, él ya sabía que estaba haciendo algo de lo que iba a arrepentirse. Y no porque su abuela y sus padres le habían explicado que nunca —pero nunca— tenía que abrir la puerta del fondo que ahora estaba a solo tres pasos de distancia, sino por otra cosa, algo que lo perturbaba de una forma inasible, difusa. No era por el riesgo de ser descubierto en la travesura, no. Otra cosa. Una alarma primitiva acuciaba velozmente su subconsciente: no debía abrir la puerta. Y sin embargo allí estaba: frente a ella, con la llave que segundos antes había robado del cajón de cosas importantes de la cómoda de la abuela —aprovechando que los adultos se congregaban a tomar mate en la cocina, ya prontos a saborear la tarta de manzanas, la “inigualable” tarta de manzanas, como decía, no sin algo de vanidad, la nona—.

En el momento de meter la llave en la cerradura, deseando con todas sus fuerzas que no fuera la correcta, recordó cómo había llegado a eso. Dos días atrás, con su amigo Carlitos, se habían hecho la rabona de la escuela. Habían pasado toda la mañana matando el tiempo, perdidos en sus juegos, hablando de cosas de muchachotes. Y tema va, tema viene, llegaron a la inigualable tarta de manzanas de su abuela, que nunca faltaba en la visita que su familia le hacía cada domingo. Carlitos lamentó no poder participar de aquello: saborear la tarta, disfrutar de la casa grande, del patio enorme. Y a él, entonces, casi sin querer se le escapó que no le gustaba ese patio. “¿Por qué?”, quiso saber Carlitos. Así que tuvo que contarle del vago temor que le provocaba la pieza del

fondo, siempre cerrada. De la misteriosa prohibición de abrir la puerta. “¿Qué puede haber adentro?”, quiso saber Carlitos. “Creo que mi abuela tiene un bicho”, respondió él. “¿Un perro?”, preguntó el amigo. “No, ¿cómo va a ser un perro? Un bicho”. Carlitos quiso saber más, insistiendo con esa perseverancia infernal que tienen los niños. Incómodo, intuyendo que caía en alguna especie de trampa, él le confesó que, una vez, su prima Cata le contó que había oído *algo* llorando dentro de la pieza prohibida. “Si llora es un tipo”, aseguró Carlitos. “No, ¿cómo va a tener un tipo encerrado, mi abuela? Es un bicho, un bicho que llora. Y punto”.

No le gustó la mirada y el silencio de Carlitos que siguió a esa charla pero, después, todo pareció pasar. Caminaron juntos hasta la esquina donde su amigo doblaría para ir a su casa. Metros antes, iniciaron su ritual de despedida. “Si sos macho”, le lanzó Carlitos, “entrás al kiosco de Don Tito y robás caramelos”. “Si sos macho”, respondió él, “el lunes, en el recreo, le das un beso a la Emilia”. Carlitos rio con la ocurrencia pero —el muy artero—, viendo que faltaban unos metros hasta la esquina, demoró intencionalmente su retruque, a fin de ser quien profiriera el último desafío. “Si sos macho... si sos macho...”, amagaba. Finalmente, llegados a la esquina, Carlitos emprendió un pique hacia su casa, pero antes le gritó: “Si sos macho, el domingo entrás a la pieza donde está el bicho”.

Así que estaba *obligado*. Probó a girar la llave y ésta, fatídicamente, giró. La puerta se abrió con un sonido lúgubre de goznes nunca aceitados. Adentro no vio más que oscuridad.

Entró en la habitación, completamente ciego por el contraste entre el sol furioso del patio y esa otredad prohibida. Dio dos o tres tímidos pasos y, ante la falta de vista, los otros sentidos actuaron: primero fue un fuerte, lacerante olor a orina. Orina vieja, rancia. Luego, aquel sonido. Algo —sí, *algo*— había dicho “¿Humm?”. Se quedó paralizado. Solo un músculo se movía en

todo su cuerpo: su corazón, desbocado. Sus mirada se detuvo en el rectángulo de luz que formaba, en el piso, la puerta abierta. Y en el borde de aquél pedazo de sol, asomó el bicho. Toda su humanidad quiso gritar, correr, olvidar para siempre aquello que ya avanzaba rengueando hacia él, pero continuó fatalmente petrificado.

No le dio miedo el aspecto sucio y fofo, la deformidad evidente, la baba chorreando por la boca eternizada en una mueca deforme. Tampoco el torpe abrazo que el bicho le dio —cual pantomima enferma de fraternal cariño— mientras susurraba sílabas inconexas y agitadas.

Lo que le hizo sentir que ya nada, pero *nada* sería igual fue que —al acercarse esa boca imposible a su cara— pudo sentir que en el aliento fétido del bicho se percibía el olor de la inigualable tarta de manzanas de la abuela.



ÁRBOLES EN LA NOCHE

POR RAMIRO SANCHIZ

Antes yo creía que el que viajaba era mi abuelo; a lo sumo que mi abuela lo acompañaba en algunas de sus expediciones, que lo esperaba en hoteles, campamentos, en las orillas de todos aquellos ríos que él después enumeraba de memoria y en lenguas extrañas. Pero después supe que en realidad no, que eran los dos, que la peor parte —o la mejor— siempre le había tocado a mi abuela.

A la vez fue mi abuelo el primero en morir. En casa se habló de un tipo extraño de cáncer, contra el que los médicos no supieron hacer nada, ni nombrar siquiera. Y diez años más tarde llegó el turno de mi abuela; en sus últimos meses (ella se había mudado sola a un apartamento diminuto, donde encontré las cajas con las fotos) se multiplicaron los diagnósticos, tantas veces contradictorios, que hablaban de desbalances químicos, infecciones, enfermedades autoinmunes, virus desconocidos y, finalmente, una forma extrema de alergia. Ella decía (llegamos a creer que sufría de alguna forma de demencia) que se le había “terminado el té” y que “no lo había tomado a una edad lo suficientemente temprana”.

A la semana de su muerte encontré las fotos. Las otras fotos, no las de tantas diapositivas que los abuelos habían proyectado durante mis visitas, mientras me daban de beber aquellos tés especiados, con gusto, decía yo, *a musgo*, y que insistían en describirme como buenos para mi salud.

Confieso que lo que me llevó a indagar en el apartamento de mi abuela fueron motivos más bien egoístas: ella había conservado muchos de mis libros y revistas de niño, y en una era

dominada por la nostalgia (aunque ahora yo pienso en el futuro, en el extraño futuro a la vuelta de la esquina) vi en tantas *Los Pitufos* y *Don Miki* un verdadero tesoro. Pero había más. Estaban las otras fotos, aquellas mejor guardadas aunque no podría decir que *ocultas*, en cuyo papel o cartulina, en cuyo viejo satinado, empecé a notar una textura, una cosa granulosa o polvorienta que me resultó tan intrigante como lo fotografiado. No pasó mucho tiempo, entonces, antes de que me descubriera manipulando las fotos a cualquier hora, en mi casa, en el apartamento vacío de mi abuela, a veces junto a mis padres en cenas que yo agotaba hablando de lo que había encontrado en las fotos, de lo que habían encontrado mis abuelos en sus viajes, de lo que se había atrevido mi abuela a descubrir.

Hay fotos de árboles en la noche: pinos, cipreses, abetos, siempre sumidos en la oscuridad e iluminados (*aplastados*, diría) por el destello del flash o, incluso, por luces verdes que vuelven aún más fantasmal el entramado de ramas y hojas y que hacen pensar en un extraño experimento. En esas fotos no suele salir nadie: son raras las dos o tres que incluyen a mi abuelo, en el fondo, entre las sombras.

Después están las que muestran a mi abuela, siempre con *cosas*. Y digo *cosas* porque es difícil precisar de qué se trata: son siempre diferentes, foto tras foto, fotos que parecen más bien fotogramas porque retratan todas ellas a mi abuela inmóvil, o en cambios diminutos, junto a algo que varía, que muta, que jamás es lo mismo pero que siempre, si se lo mira bien, es vegetal y animal, una máquina y una criatura viva, humana e inhumana, de la tierra y del mar, de la Tierra y de otra parte.

No sé describirlo ni creo que sea posible; puede ser *uno* o puede ser *muchos*. La mayoría de las fotos delatan además un paisaje de fondo: una selva, un río, una cueva, pero otras son de un patio trasero, en una casa que reconocí fácilmente y que también

aparece en las fotos de los árboles en la noche. Creo que todas hablan de cosas que los acompañaron, cosas que trajo mi abuela en su carne, en su piel, y que, naturalmente, pasaron también a mi cuerpo, a mi carne, a mi piel.

Ha pasado ahora cierto tiempo desde que descubrí las fotos. Si palpo mi espalda con mis dedos más finos, mis dedos *cambiados*, siento formas nuevas en mis vértebras y esa textura de las fotos en mi piel. Si miro las cajas, bajo cierta luz, creo entender que de las fotos están creciendo cosas: pienso en una enredadera, pienso en una cosa que crece como una planta pero que no es una planta o no es *solo* una planta. Pronto yo seré parte de esa cosa. Pronto, si todo sale bien, si mis abuelos tuvieron razón, yo *seré* esa cosa.





MI ABUELA TIENE UN BICHO

POR CHRISTIAN NIGRI

La primera vez que me lo dijo, yo tendría unos once años. Recuerdo que me llamó desde su habitación y cuando llegué sentí ese olor inconfundible que se aferra a la vejez y a todo lo que rodea: una mezcla de naftalina con muebles de madera añeja y muerte.

Me senté en el borde de su cama que rechinó para recordarme que todavía existían camas de metal con resortes; ella acostada me tomó de la mano y casi susurrando como si hubiera alguien más en el cuarto, me lo dijo: “Tengo un bicho en el oído”.

Me incliné para verlo, pero rápidamente me dijo que no se veía, que estaba adentro y que todo el tiempo le daba órdenes, incesante, agotador, hasta que las cumpliera.

—Es algo hereditario —me dijo sin que yo pudiese asimilar sus anteriores palabras—. Es algo que tiene tu padre, y algo que vos vas a tener cuando crezcas.

Un poco incrédulo quise preguntarle qué le decía ese bicho, o qué forma tenía, pero no hizo falta, ella siguió contándome todo.

La forma no la sabía, pero sentía que era como un ciempiés que le caminaba por dentro del oído y que a veces se alejaba hasta el cuello, subía por la nuca y volvía al oído provocándole un escalofrío en todo el cuerpo. Muy rara vez se iba para la garganta y eso le daba arcadas por la sensación de haberse quedado atragantada con una araña de mil patas.

Esto pasaba sin razón alguna, pero se hacía más fuerte cuando desoía las indicaciones que le daba la voz.

Para ese momento yo no quería escuchar más, quería irme a jugar al patio, o que mi papá volviera de trabajar para llevarme a casa, pero para eso todavía faltaba.

Estábamos los dos solos en una gran habitación fría y húmeda, y ella prosiguió.

—Quería que matara. Pero que matara con mis propias manos. Y así empecé —dijo mirándome fijo.

Yo creí escuchar mal, o que era una broma, o más bien deseaba que fuera una broma, pero no. Y continuó.

—Lo primero que maté fue un pez: me fue fácil, lo tomé de la pecera, lo sostuve de las aletas y lo aplasté con el pulgar contra el suelo, fue asqueroso ver las tripas, pero las voces callaron un tiempo. Luego fue el gato, tuve que quebrarle el cuello con las dos manos, el perro mientras dormía después de haberle puesto pastillas en su comida, una ardilla que aplasté contra el árbol, y las voces cada vez callaban menos tiempo, pedían más y más y más... —y ahí fue cuando entró mi padre a la habitación y mi abuela dejó de hablar.

Nunca estuve tan feliz de ver a mi padre como en ese momento.

Ahora tengo quince años y lo espero con las mismas ansias de aquel día. Sospecho que mi abuela mentía, acabo de despedazar su cráneo con mis manos y no encuentro ningún bicho: tal vez mi padre sí lo tenga, y matándolo pueda callar estas voces para siempre.

NEKOMATA

POR LEONOR ÑAÑEZ

Uno muy raro. Eso es lo que pienso cada vez que voy a su casa, y el gato desdentado, de ojos blancos y lagañosos me mira con aire sobrador desde la cama de dos plazas. No puedo pasar de la puerta del dormitorio que gruñe nervioso, arqueando los pelos que le quedan en su negro lomo avejentado. La mancha blanca del pecho refulege con un halo sobrenatural mientras menea iracundo sus tres colas, a veces en direcciones dispares, otras al unísono, como ramas de un sauce llorón en noche de vendaval.

Yo quiero mucho a mi abuela, a pesar de su trato un poco frío, distante, casi indiferente. Es callada, sobria y minimalista tanto con el mobiliario de la casa como con sus emociones. Pero sé que sufre estando sola.

Intento dar un paso al frente, y enseguida el maldito se encorva más, saca sus garras filosas y amenaza con saltarme encima. Siento que estoy pisando terreno sagrado. El gato defiende con uñas y dientes a mi abuela, a la que siento respirar pausadamente desde un costado de la cama. Siempre duerme de su lado, respetando el espacio que otrora ocupara el abuelo. Soy pequeño y silencioso, a pesar de las circunstancias, por eso no se despierta. Afuera la tormenta ruge y arroja rayos como un tigre enojado. Logro ver con claridad, entre pestañeos de luz, la silla que he de sortear, además del baúl al pie de la cama y las pantuflas acomodadas a un costado sobre la alfombra de lana.

No recuerdo el nombre del minino, sin embargo intuyo que aunque lo hiciera, no me haría caso. Prosigo con mi empresa, doy otro paso y siento que la madera cruje, se queja y delata mi presencia. Mi abuela se remueve inquieta pero aún en sueños. Me

contengo, espero paciente. Tengo muchas ganas de estar cerca de ella. Le temo a las tormentas y tengo mucho frío.

El tenebroso gato se levanta, baja de un salto y se encamina de costado, arqueando el lomo y menando sus tres colas hacia donde me encuentro. Es viejo, casi tanto como mi abuela, sospecho. Clavo los ojos en la lechosa mirada que escarba en mi alma. Me hipnotiza con su andar altivo y sinuoso. Abre la boca, y a pesar de que no le quedan casi dientes, la siento filosa. Tengo ganas de ir al baño y me tiemblan las rodillas. Dudo de mi cordura, de seguir adelante.

De pronto, una cabeza flotante obstaculiza mi visión del bicho. Es mi abuela. Su rostro tallado con los profundos caminos que deja el tiempo me observa con ojos negros, sin párpados. Su boca se tuerce a un costado, como intentando descifrar qué hago yo allí, a pocos pasos de su nido. Observo su larguísimo, eterno, cuello retorcerse en el aire como una serpiente. Su cuerpo sigue descansando, alejado del mundo humano. Estoy seguro que sueña, como todo *rokurokubi*, que es una mujer normal, que espía las habitaciones desde ángulos extraños y piensa que todo ha sido una pesadilla.

De pronto, recuerdo porqué mis padres no volvieron a visitarla después del incidente. Será por eso que cada vez que truena y llueve yo sí regreso.

Los labios se mueven lentamente y escucho su rezo: “Perdón, pequeño mío. Se suponía que esto fuera un secreto.”

Caen dos lágrimas rojas, luego su cabeza flota de regreso, hacia el cuerpo. Yo la sigo, a pesar de que el bicho de tres colas no me ofrece consuelo ni afecto. Me meto en la cama con ella y me duermo. Vuelvo a ese mundo donde no hay recuerdos. Mientras, ella me abraza y siento el ronroneo del gato, que descansa de nuevo a los pies de la cama.

Luego, desaparezco.

MUSGO ROJO

POR CRISTIAN DIRAZAR

Nina caminaba deprisa, era de noche y nadie estaba a su alrededor, su delgado cuerpo adolescente se escondía debajo de la abultada campera negra. La nieve empezaba a caer y sus pisadas protestaban contra el gélido asfalto en la quieta Ardesal.

Tres días antes, al otro lado del pueblo, una pareja de ancianos desayunaba. Carolina, la mujer, habló a su marido:

—Anoche mientras dormía sentí algo crujir en mi cabeza, abrí los ojos y noté un destello blanco, primero creí que era un sueño pero después sentí un dolor en el oído, al rato desapareció. Pero ahora me duele de nuevo, y... “No puedes hacerlo, ¡Tomás! es un terreno muy grande, ¿por qué te empecinas?”

Carolina miró con ojos desorbitados toda la estancia, la tele no estaba encendida, volvió a mirar a Miguel, su marido, este le preguntó qué le pasaba, ella lo calló con un gesto: “¡Basta Ricardo! ¡Me haces daño!”. Miró atrás, donde le pareció que venían las voces y empezó a oír cientos de diálogos, de pronto tenía un enjambre de charlas que provenían de las cercanías de su casa, su cabeza era un gran amplificador.

Deambuló por toda la casa, agitada, sacudió y se golpeó la cabeza varias veces. Pasados unos minutos y cuando su esposo la llevaba en el auto a la clínica, Carolina agarró la Bersa 22 que Miguel llevaba en la guantera y sin darle tiempo a éste a reaccionar se disparó entre medio de los ojos. El hombre perdió el control y dio contra un nudoso pino del lado opuesto de la ruta, más adelante se escuchó otro choque, y después otro más...

Tres días después, Nina escribió, entre lágrimas, esta carta:

Soy Nina Humboldt, tengo 16 años y hace tres días mi abuela se suicidó en su auto. Murió junto con mi abuelo, un bicho se le metió en el oído mientras dormía; a todos nos pasó lo mismo. Según las noticias son extraterrestres, todos han empezado a escuchar lo que pasa hasta cientos de kilómetros, en algunos es repentino, en otros gradual y tardan ciertas horas hasta que no aguantan y se suicidan, se matan tratando de callarse mutuamente o, como a mi hermano, les explota la cabeza. Muchos estaban despiertos y vieron los bichos entrar en sus propios oídos o en los de personas cercanas.

Sentí algo mientras dormía, soñé con cucarachas color cobre que venían del espacio y hasta hoy no tuve síntomas. Pero temprano empecé a escuchar la charla de mi vecino con su mujer, como si estuvieran en la cocina conmigo, luego a dos hombres y al rato varias voces más. Ya no lo soporto, sé que estoy dejando este mundo, nos estamos muriendo. ¿Quién diría que así sería el fin? Todos están muertos, tengo sangre de mi hermano en la cara y escucho todo, duele demasiado. Si algún día alguien lee esto, sabrán cómo nos fuimos de aquí...

La joven llorando de dolor llegó a la plaza central hasta *La Madre del Sur*, una estatua añeja e imponente, y colocó la esquel, atrapada en una bolsa hermética, en una de las frías manos de la *Madre* poniendo una piedra encima para que no se volara.

Por un momento vio su cuerpo desplomarse en la nieve mientras su cabeza explotaba (al igual que la de su hermano) bañando de sangre la cara de la *Madre* y el musgo que ganaba terreno en el vestido de piedra se tornaba rojo. Después de esto Nina se desplomó.

La Tierra había sido invadida, llegaron rápido, y de igual forma se marcharon, entrando por un oído y saliendo por el otro, como las palabras indiferentes. Otros reinos vendrían, otra historia empezaría. La vida humana estaba acabada.

Al segundo día después del apocalipsis, en la plaza central, Nina movió un dedo.

USA MI BOCA

POR YAMILA SANDOVAL

Mamá, no puedo dormir de nuevo.

Comí todo el día. Tomé mucha agua. No le gusta que me mueva. Estoy quieta. ¿Qué puedo hacer? Me pica. Tengo las uñas largas. Me rasco. Me marco. Quedo roja. Estoy desnuda, incluso, para que respire. Pero no me deja dormir. Le pedí silencio. Se lo pedí a gritos. Contestó, arañándose.

Sube. Abro la boca. Tal vez se asoma, mamá. Y te lo presento. Sabe que te extraño. Le dije tu nombre. Lo siento adormecido. Dios mío, que no me vea mi hijo. Puede llegar con mi nieto. No sé si gatea todavía. Que no vengan. Que no me vean. No tengo qué ofrecerles: ya lo he comido todo. ¿Y si vienen mis amigas? No vaya a ser que me inviten a tomar el té. ¿Te acordás de ese vestido rojo que compramos juntas? Iba a salir con Benjamín. Mi primera vez. Lo elegí apenas lo vi. No, no, hija, que te juzgará fácil. Pero lo compré. Y años después llamaría Benjamín a tu nieto porque al padre lo perdí prontísimo y yo quería seguir pronunciando su nombre. ¿Te acordás? El vestido me entra. Ahora que me mordió tanto, que me usó tanto. No quiero perder la oportunidad de usarlo otra vez. Quiero que me miren. Pero qué vergüenza llegar con la boca así vacía, como si me hubieran abierto con cuchillo y quitado la lengua. ¿No viste dónde dejé los dientes? No me retes, mamá. No te enfurezcas. No mastico. Trago. Trago, nada más. Y si no le gusta lo que le ofrezco me avisa, me hurga las tripas, me lo empuja.

Afuera, el sol se enciende. No cerré del todo la persiana la última vez que estuve de pie. Me acuesto de lado. Descanso los ojos en la ventana. Se caen mis pechos, pasas de uva. El pelo de

las piernas, pincelado por sol. Me siento acostada sobre el pelaje áspero de un perro enfermo. No me toco la cabeza. No me atrevo. Todo está acá, en la cama. Mis viejas trenzas ahora desparramadas, hilos blancos. Hace tiempo que no me veo. No me atrevo. Rompí los espejos, mamá. No me veas. Oh, es cierto: cuando llamen mis amigas tendré que explicar esto. ¿Qué tipo de gorro combina con un vestido rojo? Me pondré uno de lana y les diré que tengo cáncer. Sí, eso. Para que me miren. Para que peleen por cuidarme. Para que mi hijo golpee la puerta. Para hacerle la leche a mi nieto.

Todo, acá en la cama. Por eso no me inquieta la humedad en mis piernas. ¿Qué importa otra mancha en la sábana? Te imagino entrando a los gritos, mamá. Imagino que me ponés a lavar la sábana y lo hago muchas veces, y el agua es marrón y amarilla. Después me decís que haga las tareas de la casa. A cocinar rapidito que nos dormimos temprano. Y aprovecho que estoy en la cocina y te digo, mamá, traé el cuchillo, vení, sacame esto. Me desvisto. Me quito hasta los zapatos. Cortá, que mi piel no es mía, que me usa la boca. Me tiro al piso. Pongo las manos en mi cabeza devorada por la calvicie. Antes no quise tocarme pero ahora sí. Soy valiente. Me toco. Pronto terminará porque vas a cortarme. ¿Dónde, mi amor, dónde corto? Donde sea. Acá, debajo de mi pecho. Rápido, mamá, vendrá mi nieto y sabré si aún gatea. Y lo hacés. Pus que nada en sangre, que es de él o mía. Cabecita blanca asoma de mi carne. Lo veo llorar. Se queja. Agoniza. Qué tonta. Creí que me usaba la boca. Pero es tan mío. Lloro. Me quejo. Soy la que asoma.

POLA

POR MAXIMILIANO PONCE

Todos los jueves mamá hacía turno doble en la peluquería, entonces le pedía a abuela Pola que me viniera a cuidar. Yo ya tenía once años y no necesitaba que nadie me cuidara, pero no decía nada porque me gustaba pasar las tardes con ella. Y además, en el último tiempo se me había dado por meter soldaditos de plástico en el microondas y me dijeron que ni hablar de quedarme solo...

Pola siempre tenía hambre. Apenas mamá cerraba la puerta, Pola asaltaba la cocina. Hurgaba en alacenas y cajones; abría tápers, frascos de vidrio, bolsas herméticas... En cuestión de segundos preparaba sándwiches con sobras de todo tipo. Los sándwiches tenían gusto raro, debo decir. A mí me mandaba a hacer licuados con frutas pasadas, casi podridas.

—¡Cómo desperdician, che! —repetía, indignada, a medida que descubría nuevos ingredientes para sus inventos culinarios. Después se sentaba en una banqueta, y se ponía a masticar una pata de pollo seca y correosa.

—Tendrías que ver mi heladera —decía, con la vista perdida entre los azulejos.

—¿Qué tiene, Pola?

—Pfff... —Resoplaba con hastío—. Cajas de remedios, manteca rancia...

Después de la comilona nos sentábamos en el sillón a ver la tele. Mirábamos cualquier cosa: telenovelas, infomerciales, pero Pola no prestaba mucha atención y se distraía con los decorados de las escenas y la ropa de los actores, mientras me removía el cabello con sus manos callosas y grasientas.

—Tenés piojos —exclamaba de pronto, y se ponía a

escarbar entre mis rulos.

—¡No tengo piojos, Pola! —pero ella seguía enfrascada en su tarea. A veces creía encontrar algo y empezaba a frotar entre sí las uñas de sus pulgares.

Sus caricias me relajaban tanto que al cabo de un rato terminaba dormido. Recién me despertaba cuando oía la llave en la puerta de entrada: mamá que volvía del trabajo.

Una tarde, sin embargo, pasó algo extraño. Yo me había quedado dormido en el sillón, como siempre. En un momento desperté sobresaltado. No sé por qué. Indigestión, probablemente. Todo el comedor estaba en silencio. Ahora que lo pienso creo que fue el silencio repentino lo que me despertó. Nos habían cortado la luz y la tele estaba apagada. Teníamos una tele de tubo, panzona. En la pantalla se veían nuestros reflejos, nítidos como en un espejo. Me vi a mí mismo, sentado, y a mi lado, a mi abuela. Mi abuela, o lo que fuera, tenía los ojos en blanco y la boca abierta. Del interior de su boca salían unos apéndices rígidos, como patas de langosta, que me envolvían la cabeza formando una maraña. Me quedé petrificado. No sé cuánto tiempo pasó... La energía volvió de golpe y borró la pesadilla. Pola recobró su aspecto de siempre. Tampoco parecía recordar nada. ¿Qué era ese bicho que habitaba en su interior? Nunca me pude sacar esa imagen de la cabeza.

Un tiempo después mamá cambió de trabajo y nos mudamos de barrio. A Pola nunca más la volví a ver.

LA INTRUSA

POR DOLORES PAL

Como una intrusa que se mueve por la casa a hurtadillas, se inmiscuye en su vida; se la apropia.

Agazapada detrás del mueble de algarrobo, en la penumbra de la sala aguarda.

Aerosoles, pastillas, ungüentos, paletas, repasadores, cualquier cosa le es útil para enfrentarla; su casa el campo de batalla.

María nunca la ha visto, pero sabe que está ahí; acunando, esperando el momento justo para desplegar las alas. Y esto la desespera.

La agonía por combatirla le angustia, la cansa a sus ochenta y tantos años. Su arrugado y maltrecho cuerpo le juega en contra. La amenaza es inminente, debe liquidarla cuanto antes.

La tarta de manzanas humeante en la ventana, es una clara señal de que Juli y Paulita llegarán en la próxima hora a la casa de María.

Concentrada en quitar rápido el olor a viejo de los sillones, María trata en vano de refregar una y otra vez el trapo humedecido contra la tela estampada.

El timbre suena tres veces, son ellas.

En un abrir y cerrar de ojos las pequeñas saltan y bullen por toda la sala.

La clásica tarta esta lista para ser devorada, cercenada en porciones exactas y deliciosas, rellenas de jugosas manzanas asadas... que no están, todo el relleno ha desaparecido. “Fue ella”, pronuncia en voz alta María. El olvido es uno de sus trucos.

El desconcierto de las niñas la lleva a hablar por primera

vez de aquel insecto que la ronda, la amenaza, y hasta la burla. El bicho la confunde.

La tarde cae, y la noche tiñe de miedo a María.

Su desgastada existencia no la ayuda en la guerra contra ella; está naciendo, se nutre y crece.

Sus nietas, a modo de juego, se ofrecen a ayudarla, y recorren la casa tomando cada una elementos para exterminarla. El ataque es cercano, María lo sabe. Hay que aniquilarla o por lo menos mantenerla oculta más tiempo.

En la sala un tímido y efímero haz de luz la deja al descubierto. María por primera vez logra verla. Temblorosa la toca, la escucha y la llama por su nombre. Comienza a sentirla respirar cuando un gran estruendo de vidrios rotos irrumpe en la sala, la crisálida está hecha añicos. Su cuerpo elegante y triunfal se extiende, alas de terciopelo rojo aletean con fuerza.

Sus nietas, asustadas por el ensordecedor ruido, bajan rápidamente las escaleras hasta la sala, armadas con artefactos letales para cualquier alimaña. En un fugaz movimiento derriban a la criatura.

La Mariposa yace completamente rota sobre el sillón estampado. Y María ya no está.

PARA SIEMPRE

POR MARIANO OTERO

Todos los días salgo del colegio y me voy a lo de mi abuela Antonia, un poco por ella, un poco por mí. Antonia me espera a las 18.00 con el mate listo y las tortas fritas. Hoy voy más temprano porque faltó la de inglés. Bajo del micro y lo veo a don Chicho en la puerta, se ha transformado hace años en parte del decorado. El perro me ladra y la cotidianeidad de su ladrido no deja de asustarme. A mitad de cuadra los de enfrente gritan, siempre gritan. Llego al kiosco, me compro caramelos *Sugus*. Carlos ya sabe que los de menta no me gustan así que no me da.

Cuando llegué a lo de mi abuela supe que algo no estaba bien. La puerta estaba abierta, las luces del comedor apagadas. Ya el sol había bajado, pero no era tan tarde. Entré y la llamé. Dije su nombre varias veces en distintas direcciones, pero nadie respondió. Supuse que estaba arriba y decidí ir a buscarla. La puerta estaba cerrada pero se podía ver un haz de luz que recorría dos de sus lados. Apoyé mi mano en el picaporte y abrí muy despacio. Creí que tal vez se había quedado dormida y no quería despertarla. Asomé mi cabeza por la abertura y la encontré en su silla. Entre la penumbra pude ver algo extraño que contrastaba con su cuerpo. Era muy difícil reconocer esa silueta adherida a su espalda. Entrecerrando los ojos descubrí una pata, después otra y otras más. Era realmente terrorífico. Esa cosa negruzca y enorme, sin una forma definida, se imponía; no podía dejar de mirarla. Recorrí lentamente ese ser extraño, de arriba abajo varias veces. Mis pupilas se agrandaban cada vez más, mi sorpresa y mi miedo también. Vi la cabeza del bicharraco pegada al cuello de mi abuela, reconocí sus colmillos a punto de morder, una cantidad de ojos inconta-

bles mirando la nada, inmóvil y a la vez serena y segura. Era una cosa peluda, alargada, seccionada en varias partes. Todas sus patas agarraban con firmeza el hombro de mi abuela. Ella parecía no sentir la presencia de ese ser sobre su cuerpo. Era algo abrumador y desolador. Ella estaba petrificada, encorvada frente al espejo. Su mirada puesta en el reflejo que le devolvía el vidrio sin ningún sentido. Yo apenas podía moverme, gobernado por el terror de esa imagen delante de mí. No me salían las palabras, ni un gemido, un alarido que pudiera despertar de su letargo a mi abuela. Quería salvarla de ser mordida, de ser herida de muerte por ese ser. La pensé devorada, envenenada, envuelta en algún raro capullo. Las películas de terror que había visto durante toda mi vida, ahora eran reales. Sentí que no podía ayudarla, que ya era tarde, que era mi culpa, que iba a perder a mi única abuela. Mis párpados temblaban tanto como mis labios mudos. Mi boca entreabierta no dijo nada, no pudo decir nada.

De repente vi a mi abuela moverse, se contorsionaba de formas extrañas, la cabeza girada sobre un lado, la espalda apuntado al espejo. Vi sus ojos más abiertos que nunca, exploté en llanto. Pensé que el animal ya había clavado los dientes en su cuello, y que era el final. Grité tan fuerte que hice que mi abuela saltara de la silla. Me miró fijando sus ojos, cruzamos las miradas con el mismo terror en las venas. Suspiró, sonrió y me dijo: “¡Sos vos! ¡Qué susto! ¡Vení, acercate, mirá el tatuaje que me hice! ¿Te gusta? Es una araña”.

MI ABUELA TIENE UN BICHO

POR CARO PANERO

Uno no, varios. Y mejor dicho, tenía. La viejita hermosa, q.e.p.d., tenía un corazón enorme. Le daba alimento y refugio a cuanto animalito veía abandonado. Siempre decía que la Tierra les pertenecía, nosotros no merecíamos el lugar que ocupábamos.

Cuando me tocó ayudarles a mis padres a vaciar su casa, fue un recuerdo que quedó quemado en mi retina. Y en mi olfato. No era por la inmundicia de los bichos; mi abu era muy limpia. Pero había un olor nauseabundo que era imposible de quitar. Sacamos todas las jaulas, los colchones, las mantas, los diferentes tipos de alimentos y recipientes de agua, pero nada. El penetrante hedor permanecía. Buscamos en cajones, alacenas, muebles. No había nada muerto o en proceso de descomposición.

Revisando su cuarto, con torpeza tiré una caja con alhajas varias y el ruido seco me sorprendió. El piso estaba recubierto de alfombras, así que la corrí y tanteé la superficie con mis yemas. Golpeé y había un sonido a hueco. “¿Un piso falso?”, pensé y mi corazón comenzó a acelerar los latidos. Iba a gritarles a mis padres sobre el descubrimiento, pero la intriga y la curiosidad me silenciaron. Si había algo valioso, podía quedármelo. La vida de *freelance* en este país no era digna y esto podría sacarme de la miseria. Busqué un pestillo o algo que me permitiera abrirlo hasta que encontré un agujero. Metí el dedo y sentí algo debajo. Lo accioné y eso destrabó la madera. Al abrirla, una fétida bocanada me abofeteó los sentidos. Tuve que contener la arcada. Estaba oscuro. Bajé por la escalera con cautela, pero los últimos escalones estaban podridos y caí de lleno al suelo. Cuando me levanté, noté que había jaulas, bultos y una hoguera dispuesta en el centro.

Saqué mi celular del bolsillo y coloqué el brillo al máximo para utilizarlo como linterna. Una rata descomunal removía una caldera, mientras que un gato, erguido en dos patas, le alcanzaba unos miembros sanguinolentos. Sentí un gruñido detrás de mí y luego la oscuridad me llevó a la inconsciencia.

Nadie me creyó y ahora estoy rodeado de hombres de chaquetilla blanca que me miran raro. No estoy solo; hay otros que gritan sus verdades, pero tampoco les creen. Yo sí les creo. Perdón, debo irme. Es hora de las pastillas.

BICHO

POR GERARDO NOSEDA

Me lo contó una tarde de verano en la que la noté más locuaz que de costumbre, excitada tal vez porque su nieto preferido se había recibido de contador. Me habló de un bicho que por las noches trepaba a su cama y se le metía a veces por la boca, o por el oído, o por el ombligo. Entonces se despertaba y lo sentía moverse en su interior. Dentro de la cabeza, detrás de los ojos, bajando por el esófago, recorriendo cada uno de los órganos del abdomen, masticando los huesos.

Me dijo que la estaba desarmando de a poco, que lo sentía trabajar como un obrero que taladra una calle o que desmonta una casa ladrillo a ladrillo. Y que al salir el sol escapaba corriendo, haciendo sonar los piccitos sobre las baldosas del dormitorio.

Más allá de los achaques normales, su estado de salud no era grave, salvo por esos primeros síntomas de demencia senil. En ese momento no me preocupé demasiado.

Al año perdió la audición del oído izquierdo. La osteoporosis se agravó y provocó una fractura de muñeca dolorosa. La diabetes también se descontroló y los ojos se le cubrieron de densas cataratas.

Un día no nombró más al bicho. No lo recordaba. Como tampoco recordaba mi nombre ni el suyo. El dolor que sentí a partir de ese momento me abatió. Decidí quedarme a cuidarla un par de noches a la semana, recostado en un sillón junto a su cama.

Y fue anoche que, a punto de caer dormido, me sobresaltó el ruido de algo muy pequeño corriendo junto a mí. Salí al pasillo a tiempo para ver una sombra desaparecer en la cocina. Allí todo estaba en silencio. Tomé un cuchillo y pasé al lavadero contiguo.

Al encender la luz, una forma rojiza surgió por debajo del fregadero y escapó al patio atravesando una trampilla para perros. La busqué en cada rincón del pequeño jardín, sintiendo mi corazón latiendo enloquecido, pero ya no estaba. Cuando volví a la casa se me dio por revisar el lavadero. Error que ahora lamento. Ya no podré volver a dormir mientras mi abuela viva. Dudo en contárselo a mis padres, lo estoy meditando, porque supongo que no me creerán. Lo que estaba detrás de las cajas, debajo del fregadero, desapareció hoy a la mañana.

Contra la pared había una pila de bolitas amarillentas. En principio las confundí con telgopor desgranado, pero enseguida me di cuenta que eran fragmentos de hueso. Diminutos e irregulares fragmentos de hueso muy duros al tacto. A su lado observé algo parecido a trozos de flan. Hilos de sangre caían por los costados. Reprimí las ganas de vomitar y dirigí mi atención a una tercera cosa, una cajita de fósforos abierta. La acerqué a la luz, y de la impresión caí hacia atrás. Inmediatamente recordé las ilustraciones que en la escuela nos mostraban al estudiar el cuerpo humano. Estaba todo en su lugar, prolijamente alineado. Había huesos más pequeños que no reconocí, pero el martillo, el yunque y el estribo no dejaban lugar a dudas de lo que estaba observando.

Todo eso hoy no está. Lamento haberme dejado llevar por el miedo, abandonando las cosas, aunque me pregunto si hubiera servido de algo conservarlas. Soy contador, sin los conocimientos suficientes como para haber devuelto cada pieza a su lugar. Solo me resta hacer guardia junto a la cama de mi abuela sin dormirme. Aunque temo que ya sea tarde.

LLAMAN A UNA Y VIENEN TODAS POR INÉS LUQUE ARAVENA

He venido varias veces a visitarla, pero nunca me acostumbraré. El asilo huele a enfermedad, a muerte, a viejos al fin y al cabo. *Nuevo Amanecer* se llama. Un nombre bastante irónico si pensamos que después lo único que se aproxima es la destrucción total, la nada... a menos que seas religioso, o te conviertas en un zombi.

Hace un año que la internaron, tras un diagnóstico de Alzheimer en etapa moderada. En casa ni siquiera su propia hija la soportaba. Gritos a las 4 a. m., golpes, ruidos y objetos que estrellaba contra la pared. Noches sucesivas sin poder conciliar el sueño, y créanme: ¡no poder dormir es el peor de los infiernos! “Complicada” era la palabra más suave que podía usar para referirme a la situación. Me enfurecía y a la vez sentía lástima por ella ¡Pobre, ya ni sabía dónde estaba parada!

En mi visita anterior, aún no había terminado de registrarme en el libro y las enfermeras estaban advirtiéndome que no me asustara si la veía así, “tan ida”. Podía pasar de un estado catatónico a ser la persona más locuaz en un segundo. Así sucedió en aquella ocasión. Estuve veinte minutos esperando a que hablara, y de un momento a otro, me miró y me contó que tenía una mascota. La observé, sorprendida, sin decir nada. “Aún no se me ocurre un nombre, pero es tan obediente... ¡siempre está conmigo!”. Salí de la pieza en busca de las enfermeras, les pregunté si la habían visto con algún animal o si habían traído algún perro de terapia. “No, no se permiten animales en este asilo”, “Son cosas del Alzheimer”, dijo la enfermera más baja, meneando la cabeza.

Cuando regresé a la pieza, seguía sentada en su cama, estaba

sonriendo y repetía nombres en voz alta, como al azar: “Alfie, Pazuzu, Teddy, Rechoncha...”, “¿Qué haces, abuela?”, “...mi habita, estoy pensando en nombres para mi habita”, “¿Tu qué?”, “Mi habita, mi mascota”. Por dentro sentenció: “¡Esta vieja bruja está peor de lo que pensaba!”. Repentinamente escuché un sonido, como de algo que reptaba. Casi me desvanezco cuando vi que desde debajo de la cama salió un poroto del tamaño de un gato. Arrastraba aparatosamente ese cuerpo gordo y de patas minúsculas, se ondeaba su caparazón como una ola de sangre subcutánea. Parecía una garrapata, pero era más bien un poroto, una legumbre o algo vegetal. Según mi abuela, por lo verdosa, era un haba, era su habita, su corazón, la única que la comprendía. Yo solo veía a un bicho mugriento plantado frente a mí. Olía a vinagre, no tenía ojos ni cabeza; quién sabe cómo comía o qué comía. Sintiendo-me amenazada por el supuesto ectoparásito, me apoyé contra la pared, en una esquina. Un poco más allá, a través de la puerta semiabierta, pude ver que otras garrapatas asomaban la mitad del cuerpo. “Llaman a una y vienen todas”, sonrió mi abuela, mientras ese engendro que llamaba mascota le trepaba por la pierna para llegar a su falda. Ella lo ve, yo también lo veo ¿Por qué los demás no pueden verlo?

MI ABUELA TIENE UN BICHO

POR MARCO AUGUSTO CHIABO

Dicemus ficus, quas scimus in arbore nasci, Dicemus Ficos, Cæciliane, tuos.

Marcial. Epigrama 1:65

Mi abuela tiene un bicho que se llama Higuíto. Ella es la abuela de todas nosotras, las fugadas, las que huimos de nuestros amos o de la amputación de nuestros Higuítos.

Mi abuela se llama Sicómoro, como el árbol, ella se bautizó así, dice que quien se sube a un Sicómoro se sube a la locura, que al Sicómoro acuden las almas perdidas en forma de pajaritos y que de su madera incorruptible están hechos los ataúdes de los muertos.

Nació en una pequeña villa a orillas del Nilo, entre la remota Meroë y varias pirámides olvidadas. Cuando tenía 9 años la comadrona dijo que estaba en edad de recibir el corte de los faraones, la infibulación. Era todo un acontecimiento para la familia, su madre decía que eso la iba a mantener casta y hermosa como las huríes, su pureza se iba a percibir a través de 70 velos y podría aspirar al honor de un serrallo.

Llegado el gran día todos los preparativos fueron hechos, el ajuar de mutilación estaba listo. Sicómoro flotaba entre la embriaguez de la ignorancia —que en cuanto abre los ojos llamamos curiosidad— y la ansiedad del miedo más cervical.

El rito se practicó en una inmundada y oscura choza donde dormían las cabras. Solo asistieron las mujeres, una prima la tomó por los brazos y la acostó, su madre sostuvo con fuerza sus piernas abiertas mientras la experta se preparaba ufana. Las demás miraban yertas como estacas. Sicómoro empezó a sollozar, su madre con una sonrisa que todo lo abarcaba —máscara de la resignación— la calmaba diciendo que todo sería rápido y para provecho. La matrona frotó con ortiga el minúsculo grano que

se irritó y engrosó, y lo espolvoreó de cenizas para poder asirlo mejor. Con una cuchilla áspera como el pico de un marabú cercenó el botón que encendería el placer vedado. Con espinos de acacia encorsetó el tierno valle, con resina y café diezmó el río carmesí que le brotaba imparable, con tallo de bambú dejó un canal para el menester diario y mensual, puso un emplasto de alcanfor y alholva para paliar el dolor, con bramante ató las piernas para inmovilizarlas y apurar la cicatrización. Sicómoro estuvo una semana en ese lóbrego cuchitril. Pasadas las fiebres salió enteca y muda, semi cubierta por el vestido ceremonial que era más la mortaja de su ser. La anhedonia la envolvió como el polvo y la niebla que eran sus días.

Tiempo después su familia la vendió en casamiento a un comerciante de otro pueblo, un viejo repugnante pastor de camellos. En una tienda maloliente pasó su noche de bodas. El viejo la recostó sobre un montón de pieles, palpó su virtud y conforme a ello con una navaja cortó la banda de garantía que tanto dolió cicatrizar. La angustia del recuerdo de esos días en la choza ahogó la indiferencia y el asco cedió a la furia infernal que Sicómoro había incubado en su vientre. El viejo, dispuesto a ejercer su derecho —el cual se recomienda repetir todos los días a fin de mantener el rodete abierto— embistió sobre Sicómoro quién dejó entrar aquella momia estéril. En ella Higuito despertó famélico, solo habían mutilado su cuernito, era como esas pirámides olvidadas que parecían apenas piedras asomando cuando su mole se ocultaba en las arenas, sus colmillos como espinos devoraron el pajarraco servido. El viejo quedó tirado en la tienda gritando como un muecín llamando a la quinta oración hasta que se desangró.

“Quien se sube a un Sicómoro se sube a la locura, que al Sicómoro acuden las almas perdidas en forma de pajaritos y que de su madera incorruptible están hechos los ataúdes de los muertos”.

DIARIO DE UN NIÑO EXCLUIDO

POR PABLO PAZ

Mi abuela tiene un bicho; pero nadie quiere hablar de eso. Yo se lo vi, el otro día, cuando el viento levantó su vestido por accidente (o por esos infortunios de la vida) e indagué a mi madre. Mi mamá me dijo que eso no era un bicho, que era un “tumor benigno” y yo me pregunto: ¿acaso los tumores hablan y tienen ojos o pelos en el cuerpo? De benigno este no tenía nada; es más, creo que me miró cuando yo lo vi, y no con intenciones de entablar una charla. En ese momento sentí miedo, ganas de gritar y también náuseas. Después se me pasó y, lo que siguió fue una inmensa curiosidad por saber más de ese bicho. Ustedes saben; se cuentan miles de estas historias en todas partes del mundo, pero una cosa es oír las y otra, muy distinta, es padecerlas. Me propuse hacer este diario con el fin de dejar por escrito mi experiencia con esta criatura. Algunas veces, por la noche, me iba en puntas de pie cerca de la habitación de mi abuela para escucharlos hablar y anotar lo que decían: el sonido de sus voces me daba escalofríos, pero no entender exactamente de lo que hablaban me desesperaba; era más fuerte que el miedo. Un día, se me ocurrió esconder una grabadora de sonido en la habitación para grabar sus charlas. Lo que oí en la grabación al otro día, fueron más ronquidos; ronquidos en “armónicos”. Mi papá me explicó una vez que los “armónicos” eran usados a menudo por los músicos de *heavy metal* para meter miedo en la gente y robarles la energía. ¿Sería por lo mismo que mi abuela y el bicho querían meterme miedo? No termino de entender a este bicho “benigno” y a mi abuela o a sus intentos por permanecer alejados de mí. No aguanté más. Una noche, antes de que ella se fuera a dormir; me escondí bajo su cama: quería

escucharlos un poco más de cerca hablar y, en lo posible, sacarles una foto en pleno acto “charladeril” para luego extorsionarlos: creí que así me dejarían formar parte de su secreto. Pero me dormí y, al parecer, mi abuela tampoco durmió esa noche en su habitación. La casa estaba a oscuras. La puerta cerrada con llave. Por un segundo creí que estaba soñando pero no; estaba en mi casa, solo y sin alguna explicación de lo que allí sucedía. No sé por qué no se me dio por encender las luces, quizá me sentía más seguro en la oscuridad... Cuando mi vista se acostumbró a la falta de luz, vi varias pisadas de gato de color rojo oscuro que iban desde el baño hasta la puerta de salida. Miré por la ventana y las pisadas llegaban hasta la calle desapareciendo en seco a la altura del cordón de la vereda. La luna estaba más grande que de costumbre, o al menos eso me pareció. Esa noche me sentí más solo que nunca.

¡ASÍÍ DE GRANDEEE...!

POR JORGE LACUADRA

Como siempre, me sacudían en la parada del colectivo. Mi mamá, en la agitación de la llegada tarde y las cosas que siempre olvidaba traer a la escuela, perdía la paciencia y no dudaba en aplicar un correctivo. Y yo, monótono, zapateador y terco, repetía: “¡Asíí de grandeeee...! ¡Te digo maaá que es asíí de grandeeee...!”.

Ocurrió allá por el año 93. En abril había cumplido los ocho años de edad. Nos habíamos mudado a un caserón enorme y precario en el norte de la ciudad para estar más cerca de la nona, aunque su humilde casita nos quedara más lejos aún, como a unas diez cuadras, detrás del campo de los Alfonso.

La primera vez que le conté, no me entendió. Mientras el colectivo de la línea 5 frenaba con chillidos de tren carguero en la parada, le dije a mi mamá: “¡La abuela tiene un bicho!”.

Me miró con gesto de haberse dejado la pava en la hornalla prendida y me subió al transporte. Hacía poco que había empezado a viajar solo. La miré desconcertado. Se había olvidado de darme el beso de costumbre y solo atiné a repetirle mientras el colectivo arrancaba: “¡Sí, mamá, la abuela tiene un bicho!”.

La casa de la nona era diminuta, pero tenía un fondo grande que ni siquiera estaba alambrado y que daba a las quintas de un vasco que nadie vio nunca. Tenía animales de todo tipo. Con los años la nona había acumulado chanchos, pavos, gansos, un montón de perros flacos, un loro barranquero y cientos de gallinas. Una vez tuvo una nutria que supo jugar conmigo hasta que se perdió en el campo de los Alfonso.

Cuando volvía de la escuela, mi mamá me esperaba en la parada del colectivo. Comía ansioso y a la hora de la siesta me

revolvía como un gusano. No veía la hora de que me llevara a visitar a la abuela, caminando esas diez cuadras interminables. Llegábamos y yo desaparecía en los fondos para correr y jugar con todo el bicherío, los que retozaban por el patio y los que estaban escondidos más allá del montecito. Cuando mamá me llamaba para irnos, yo siempre le quería contar las cosas increíbles que había visto, pero nunca me prestaba atención.

—¡Asíí de grandeee...! —le gritaba yo sin que me diera ni cinco de bolilla.

Cierta tarde del mes de julio, mi papá nos llevó a ver una película. Se llamaba *Parque Jurásico*, una de unos animales que yo solo conocía de nombre. Era más emocionante que correr en la plaza. Apenas logré quedarme quieto. Y gran sorpresa se llevaron mis padres cuando en esa famosa escena en la que la manada de animales gigantes aparece frente a los actores, yo grité para todo el cine: “¡Ese... ese... ese es el bicho que tiene la abuela!”.

Y, por supuesto, no pude evitar el coscorrón que nunca creí merecer.

EL DÍA DE LA COSECHA

POR LUIS NAVAS DELGADO

Mi abuela tiene un bicho.

Lo tiene escondido, nadie lo sabe.

Solo lo sabemos sus familiares más cercanos.

Ella lo heredó de su abuela y yo lo heredaré de ella.

El bicho lo tiene en su cabeza, por dentro.

Eso se alimenta de ella. De sus pensamientos. De sus recuerdos.

 Cuando el bicho haya devorado a mi abuela por dentro
llegará el día de la cosecha.

 Entre toda la familia mataremos a mi abuela.

 Ese día tendré que tragarme al bicho y entonces vivirá en
mi cabeza.

 Estoy deseando que llegue ese día para que se alimente de
mis recuerdos.

 De mis ideas.

EL SÓTANO CAVADO EN LA ROCA

POR ALEJANDRA WALTES BAJAC

El viejo caserón señorial estaba ubicado en una zona de la ciudad que sirvió para el recreo veraniego y refugio de las pestes que asolaron el viejo casco de la ciudad, durante el siglo anterior.

Nunca supe, ni creo que pueda averiguar ya, de dónde obtenía mi abuela sus ingresos, pero a diferencia de las casas circundantes vetustas y decadentes, la casa de mi abuela conservaba su antiguo esplendor: las paredes blancas recubiertas delicadamente de una enredadera verde o roja según la época del año, los techos de tejas francesas verdes sin mácula y brillantes al sol, el jardín ordenado y limpio.

Tampoco supe, aunque puedo sospechar después de lo ocurrido, cómo hacían ella y Francisca para mantener todo impecable, ya que solo contaban con la ayuda de un jardinero que no vivía en la propiedad.

Aún así una niebla invisible de inquietud cubría aquel paraíso hasta en los días soleados y calurosos de verano.

Dentro todo era demasiado limpio y brillante en la penumbra de los altos techos, cortinados y alfombras pesados que amortiguaban cualquier ruido y convertían las risas y conversaciones en murmullos. Las idas a visitarla eran una fiesta por lo esporádicas siendo la ocasión de ver y jugar con los primos durante todo un fin de semana pues nos recibía a todos juntos.

Durante el día disfrutábamos del jardín y los árboles frutales. Si llovía teníamos a nuestra disposición una amplia variedad de juegos de mesa en el jardín de invierno. Las comidas se hacían en la amplia cocina de la que partía una escalera de madera angosta y oscura a los pisos en donde estaban los dormitorios.

Había amplias zonas de la casa que nos estaban vedadas.

Las mañanas de los domingos nos levantábamos tarde y cansados, cansancio que atribuíamos a la febril actividad del día anterior.

Ese fin de semana fue diferente. Tengo la certeza de que siempre había tenido esas pesadillas, pero sea por la intensidad o por la edad, de esa noche recuerdo especialmente las sombras susurrantes que me visitaron.

Al despertar sobresaltado y sudoroso aún oía los susurros que venían de detrás de la puerta. Al salir al pasillo nos encontramos los primos y así, medio desnudos y descalzos, bajamos la escalera que llevaba a la cocina.

A medida que bajábamos los susurros se convirtieron en un cántico monacorde. Una puerta que nos había pasado desapercibida dejaba escapar una rojiza claridad.

Nos miramos y supimos que la curiosidad era más fuerte que el miedo.

La puerta daba paso a una escalera interminable de madera carcomida. Solo la iluminaba el resplandor del fuego que ardía en el fondo. Bajamos durante incontables minutos intentando no hacer ruido y conteniendo la respiración hipnotizados por el danzar de sombras indescriptibles en las paredes de roca sudorosa. Cuando llegamos a los últimos escalones la ansiedad nos ganó y pisamos el duro suelo a un tiempo.

Dos cuerpos alados de luz blanca se contoneaban y salmodiaban frente a un pozo profundo del que salía el fuego que habíamos adivinado.

Supimos que eran la abuela y Francisca, al ver tirados a un lado el aspecto con que las conocíamos.

Del fondo del pozo salieron siete u ocho protuberancias largas y sangüíneas que se introdujeron como cuchillas en los cuerpos, arrancando gemidos de placer.

24 HORAS

POR MARIO ABDALA

—¿Ves esto? —me dice con la voz quebrada denotando cierta emotiva nostalgia—. Es un microondas, y este de acá es un horno eléctrico.

Me los muestra mientras con sus temblorosos dedos remueve algo de suciedad acumulada por el paso del tiempo y el abandono.

—Eran bastante útiles por esos días, aunque tu abuelo prefería un buen trozo de carne a la parrilla

Sé lo que está haciendo. Solo trata de retrasar lo inevitable. No la culpo.

—Abuela, ya casi es hora, voy a preparar un fuego que se nos viene la noche y hace frío. Caliento una lata de sopa también.

Se me queda mirando unos segundos con un dejo a reproche, como diciéndome con la mirada “sé lo que viene”. De repente nota un viejo espejo en una de las paredes de la habitación, lo primero que hace es chequear el vendaje en su antebrazo izquierdo, luego le da una rápida mirada a su piel amarillenta y a los pequeños tumores y pústulas.

Maldita sea la guerra, maldita sea la radiación y la mutación. Me arrebataron todo lo que amaba, mis padres cuando era un niño, mi abuelo hace unos años atrás, nuestro hogar, nuestra dignidad. Condenados a vagar por lo yermos desolados y las ciudades desiertas, ya que quedarse mucho tiempo en un mismo lugar te convierte en blanco fácil de caníbales, carroñeros y mutantes. Y maldita sea esa rata mutante, cualquier tipo de contacto con una criatura afectada por la radiación te deja solo dos alternativas: dejar que en 24 horas los parásitos te consuman y te conviertan en un especie de zombi mutante o quitarte la vida e irte de este mundo con la

poca humanidad que te queda.

Ella le da pequeños y lentos sorbos a la sopa, degustando cada cucharada, un ligero temblor espasmódico le sacude el cuerpo, la cuchara cae al suelo, consulto la hora en el reloj de mi abuelo. Minutos antes de completar la transformación. Hemos ensayado esto durante tanto tiempo por si una eventualidad así se presentaba, carajo. Me mira con los ojos inyectados en sangre, aun así me sonrío dulcemente como cuando era pequeño, como siempre. Deja caer los brazos sobre su falda, baja la cabeza... y espera. No tenemos armas de fuego, no fuimos tan afortunados. Para sobrevivir solo conservamos un viejo pero afilado machete.

—No prolongues mas esto —me dice con el último vestigio de humanidad que le queda. Tiene que ser un solo golpe, limpio y preciso.

No prolongo más su sufrimiento.

Amanece, pero es el sonido de una camioneta lo que me despierta, tres sujetos descienden de ella, uno de ellos, el mayor, al ver que busco a tientas y torpemente el machete, me hace una negación con la cabeza. Otro se mete a revisar la casa, al salir de la habitación donde dejé a mi abuela se dirige a mi.

—¿La mordió una cucaracha? Una rata. Bichos de mierda —acota.

El viejo me examina con la vista y advierte un ligero sarpullido en mis brazos.

—¿Un beso en la frente de despedida? —me pregunta; afirmo con la cabeza.

—No se hace ningún tipo de contacto físico directo con alguien con parásitos —dice mientras levanta las cejas—. Por como yo lo veo, en menos de 24 horas vas a necesitar alguien que te ayude y te dé digna sepultura, pero no podemos quedarnos. Si querés venite que tenemos algo de tabaco, cerveza y carne de iguana hervida —veo que el viejo tiene una arma en la cintura.

Me voy con ellos.

EL DÍA QUE CAYÓ GRANIZO

POR GERARDO VAN JUNKER

—Mi abuela tiene un bicho.

—¿Cómo?!

—Sí. Eso le dijo el doctor.

—Callate. Los doctores no dicen cosas así, son hombres de ciencia: hablan con palabras más elaboradas.

—Ahora la están operando y va a ser muy repugnante.

—¿? -desconcierto en la cara de Octavio—. ¿Y vos cómo sabés eso?

Leo suspira.

—Mi abuelo tenía el mismo bicho y mi abuela nunca le creyó.

—Qué caraj... .

—No me interrumpas, por favor. Tengo que ordenar los pensamientos. Fue así: ¿viste que los abuelos siempre vivieron en el campo ahí cerca de Paso de Los Pumas?

El último verano que pasé con ellos (con los dos) fue un verano típico: días de sol asfixiante o de lluvia intermitente.

Un día de tormenta, de esas torrenciales que causan inundaciones, cayó mucho granizo y es malísimo para las cosechas. Sin embargo, el abuelo estaba optimista. Aunque cuando yo veía las piedras del tamaño de pelotas que hacían bosta a las plantas, y después al abuelo, con el brillo de la tristeza en los ojos y una sonrisa forzada, no podía creerle; y, muy en el fondo, él sabía que la cosa no iba así. Por eso usó las semillas.

Al día siguiente hizo un pozo y puso unas semillas moradas en el fondo. Para rellenar el agujero arrojó la cosecha muerta. Al estar lleno hasta el borde tiró tierra encima.

Pasaron tres días desde la caída del granizo y ya un gajito se asomaba. El pequeño brote creció a una velocidad sorprenden-

te. El milagro del abuelo. Cuando la consideró lo suficientemente grande, la cortó, le puso una pizca de sal, un chorro de mayonesa y metió todo dentro de un pan flauta. Lo miraba absorto, a punto de zamparse ese sanguuche milagroso y morado. Le dio el primer mordisco y noté algo que se movía por el extremo opuesto. Al instante supuse que fue mi imaginación, que era parte de la planta que se había movido porque el pan se aflojó o algo.

Mi abuelo dijo que no era una planta como para comer: fea, amarga, rancia; que no servía para cosechar y vender y la abuela se agarró la cabeza pensando en la desgracia.

El abuelo se puso malo y enfermó; decía que la panza le vibraba, que un bicho le camina por adentro. El doctor le ordenó radiografías y no mostraron nada fuera de lo común más que los pulmones negros de fumador, porque el abuelo nunca había dejado el pucho.

Él seguía sintiendo que algo le caminaba por la panza. Así fue cada día con el mismo problema, hablando del bicho hasta que no tuvieron más remedio que abrirle la panza. Vos viste que la gente del campo, por más que sea hombre de ciencia, si se le pone al otro que hay un bicho en la panza, al final va a terminar cediendo.

Lo llevaron a la sala de operaciones. Lo dispusieron sobre la mesa y con un bisturí le hicieron una incisión en la panza, del tórax hacia abajo. Y fue ahí, cuando el bicho salió: repugnante, asqueroso, una reverberación morada, inmunda como pus informe, que brotaba espumosa. Una espuma corrosiva que todo lo consume. Los intestinos de mi abuelo estaban irreconocibles. Según me explicaron después, cuando lo morado entró en contacto con el aire, a mi abuelo le dio un ataque y murió.

Desde ese día mi abuela está triste porque lo extraña. Cuando la fui a buscar hoy y vi la planta morada sobre la mesa, supe que era tarde, que se había comido el sanguuche morado. Por eso te digo que mi abuela tiene un bicho y que ningún doctor va a poder salvarla.

COQUI

POR JULIO PAZ Y VADALÁ

Ya no tengo muchas fuerzas. No sé cuánto podré aguantar. ¿Cómo empezó todo esto? La abuela llamó porque me quería mostrar algo que encontró hace unos días. Lo encontró en el fondo del gallinero, gimiendo (“llorando”, dijo ella). No le preocupó que las gallinas y los patos no quisieran volver. Se encariñó del bicho ese y lo llevó cubriéndolo con su delantal.

Cuando llegué, me lo mostró. Lo llamó por el nombre que le puso: Coqui (por las mandíbulas grandes que tenía). Y eso se asomó desde las sombras, porque no le gustaba mucho la luz, me explicó mi nona.

Apenas se dejaba ver. Era una cosa... rara. Asquerosa. No era perro. Ni gato. Tenía pelo solo sobre su columna y los ojos separados como una paloma. A pesar de que se movía acurrucado, pude ver que era muy alto.

—Tiene miedo porque no te conoce. Pero se mueve como un cazador —dijo inocentemente la abu.

Y era un cazador. Lo vi en su postura, al no hacer ruido cuando caminaba agazapado y en su mirada. Esa mirada que nunca podré olvidar y me acosará por siempre.

Cuando me clavó los ojos sentí que fui hipnotizado. No me podía mover y Coqui se acercaba cada vez más. Fueron segundos. Reaccioné por la risa de mi abuela. Entonces el bicho retrocedió sobre sus mismos pasos, mostrando sus fauces.

¿Dos filas de dientes? ¿Qué clase de bicho puede tener dos filas de dientes? ¡Y tres lenguas! El sonido que hizo era como el silabeo de las víboras.

—Lo asustaste —me reprochó mi abuela. Y comenzó a acariciarlo dejando que lamiera las heridas en su muñeca—. Pobrecito Coqui... Me curó las heridas que hizo cuando le toqué su platito de comida.

Entonces escuché el zumbido de moscas que hacían nido sobre los restos arrancados de gallinas, esparcidas en el living.

—¡Coqui malo! Estás lamiendo muy fuerte. Basta. Me duele te dije —le escuché gritar a la nona.

Y Coqui se abalanzó sobre ella. Erizó su pelo como un puercoespín y aulló con un graznido que me hizo salir despavorido de ahí.

Grité pidiendo ayuda, pero nadie salió. Hice presión sobre la puerta porque el bicho ese embestía cada vez más fuerte para poder salir.

CUENTOS DE MI MADRE

POR ERNESTO PARRILLA

En el monte, entre los arbustos y árboles que conforman un paisaje tan inhóspito como salvaje, vive mi abuela, ocupando la vieja casita que construyó su padre, mucho antes que ella naciera, mucho antes incluso que Yaldaboath maldijera a la familia.

Solo una vez, antes de esta noche, había viajado hasta aquel paraje olvidado del universo. Fue tras la muerte de mamá, hace unos tres años. A pesar de haberse negado ella en vida de traerme al monte a conocer a la abuela, creí importante que la anciana tuviera noción de la desgraciada noticia.

Su rostro surcado de gruesos pliegues de piel sucia, el cabello gris como nieve sucia y esos ojos blancos, ciegos como la nada misma, hicieron que balbuceara la trágica razón de la visita y dos minutos más tarde estaba otra vez al volante, acelerando a fondo la destartalada coupé que tenía entonces.

Aunque la imagen que más me había acobardado no había sido la de la vieja, sino aquello que había detrás, que se dejaba ver sobre el hombro huesudo de ese cuerpo marchito. Era una bicho. No tengo palabras para describirlo. Parecía un pulpo, cabía sobre la mesa, pero tenía la cabeza enorme, ojos desproporcionados y tan oscuros que parecían huecos, los tentáculos... si acaso podían llamarse, daban la impresión de ser extremidades humanas moviéndose sin ton ni son.

Siempre creí que las historias de mamá formaban parte del folclore familiar, historias inventadas para asustarnos y que el hecho de tapiar las ventanas era solo para darnos mayor seguridad, no por temor a algo extraño. Incluso, que el nombre de Yaldaboath era alguna que otra broma pesada de algún ancestro. Y que,

quizá, su negativa de llevarnos a conocer a la abuela se debía a un capricho por una antigua pelea irreconciliable, de esas que no se hablan.

Traté de olvidar aquella visita, empecé a tomar pastillas para conciliar el sueño, incluso asistí por meses a un psicólogo. Pero los ojos blancos de la abuela y los ojos negros de ese bicho se convirtieron en un tatuaje sangrante en mi mente.

Por eso es que esta noche volví al monte, por última vez. Para acallar los gritos ahogados con los que me despierto tras cada pesadilla y asegurarme que aquello que vi hace tres años, fue una alucinación, despedirme para siempre de la abuela, del puto monte y dejar atrás las viejas historias de terror y el cuento de la maldición.

Igual que la otra vez, la abuela me recibió en la puerta, con esa mirada de muerto, que observa con algo más que la vista y penetra hasta el alma misma. Pero esta vez la empujé, la saqué del camino y fui hasta la mesa. Allí estaba el bicho, como lo había visto la última vez. No había sido mi imaginación. Y sus tentáculos... oh, sus tentáculos. Eran los brazos de mi padre, de mi madre, los de otros integrantes de la familia, porque tenía montones, y en esos huecos del infierno... allí estaban los rostros de los muertos, gritando y aullando, sufriendo la eterna condenación de dolor.

¿Cómo no sucumbir? ¿Cómo no incendiar todo, comisario? Creerá que estoy loco, pero no. Verá, mi madre siempre me contaba...

MI ABUELA TIENE UN BICHO

POR DANIEL PERALTA

Mi abuela tiene un bicho. ¿Que cómo lo sé? Lo sé porque lo vi, porque lo veo.

No del modo en que miro todas las cosas. Lo sé porque está en el reflejo de su sombra, en las paredes, en el suelo, por los techos, por donde sea. El bicho camina sobre ella o con ella, como un loro amaestrado de un pirata. Tiene una forma rara este bicho. Parece un piojo mezclado con cucaracha y es grande, del tamaño de un gato. A la luz, parado enfrente tuyo, el bicho no se ve. Parecería vivir dentro de ella.

Mi abuela hace sus cosas y se comporta de una manera normal pero a mí me da miedo. En la oscuridad, sus ojos son del color del fuego y busca mirarme y me sonríe de una forma maléfica. Cuando estoy sola en el cuarto dejo mi velador encendido y mi abuela pasa a saludarme y se va sin cerrarme la puerta, dejó la luz prendida pero pasa mi mamá y me dice: “Antonella, apagá la luz”.

Cuando la apago, puedo ver la sombra del bicho yendo y viniendo por la pared y la puerta. Tal vez mi abuela no sea mi abuela. ¿Que cómo es eso? bueno, ella casi murió o murió por un ratito, es lo que me dijeron y debe ser así porque ya no es la misma.

Ciertas veces tomo valor y me acerco a su cama mientras esta dormida. Habla un idioma extraño y parece pelear con alguien. Intento despertarla pero el bicho aparece por las paredes y toma dimensiones reales, como si saliera de un televisor y emitiera un sonido extraño, parecido a un ladrido

Salgo corriendo, esa cosa y yo somos enemigos.
Mi abuela tiene un bicho... y voy a matarlo.

CUATRO DOS TRES

POR MAURO INSAURRALDE MICELLI

Bueno, sí, que te tengo que contar algo, ¿no? Y tiene que ser de terror, dale. ¿Cómo era?, “Mi abuela tiene un bicho”. Ok. No... no te preocupes. No hace falta que lo publiques. Con que lo leas ya está bien. Esto que te voy a contar, no sé, necesitaba contárselo a alguien. Viste cómo somos los que escribimos: pelotudos incurables, siempre con ese narcisismo de creer que todos se mueren por leernos. Espero que no te me mueras. Pero, a lo nuestro, te la hago corta porque está eso de que tiene que ser una sola página y sinceramente tampoco es que tenga demasiado tiempo. No estoy en casa y... detalles. Ya vamos a llegar a eso.

¿Alguna vez leíste sobre el Cuatro Dos Tres? Ese nombre de mierda no asusta para nada a la primera de cambios, ya sé. Pero, no sé, si no lo conocías, hoy lo vas a conocer. Eso sí, te pido un favor como conocidos que somos: para que esto salga realmente bien, necesito que cuando te pida que interactúes, lo hagas. Es importante para mí. Tampoco te voy a pedir que hagas un triple mortal; es cosa de nada: dar unos golpes en el momento que te indique. Re fácil, ¿eh? Una pavada total.

En fin, que hará cosa de seis horas me pasó algo particular. Estaba metido en uno de estos foros paranormales, ¿viste?, esos tipo *Reddit* o *4chan*; este se llama *OCX*, es muy poco conocido. Suelo entrar bastante para ver qué hay de potable ahí como para rescatar ideas para posibles relatos. Nada de plagios, ojo, todo “inspiración y homenaje”, ponele. Que para las mierdas que ando publicando y nadie se entera, vamos... no hace ninguna diferencia.

Bueno, que ahí estaba, boludeando, cuando un anónimo

me manda un privado preguntando si conocía al Cuatro Dos Tres. Nunca me habían mandado un privado antes, porque no soy de postear; me pareció raro, pero le respondí que no, porque tampoco perdía nada con hacerlo, y le pregunté qué era. Me dijo que antes de decirme debía dar cuatro golpes seguidos sobre una superficie lisa; nada del otro mundo, hacelo vos también y vas a ver que no es nada difícil. Confío en que lo hayas hecho. Sigamos. Le comuniqué que había hecho lo solicitado y me informó que para decirme lo que era, todavía tenía que dar dos golpes más, esperar un minuto y dar otros tres. Probá hacerlo vos también. ¿Está? Ok. Lo hice y le escribí al tipo. El muy hijo de puta me dijo que lo disculpara y se desconectó sin agregar nada más. Un boludo más de Internet, pensé; yo tengo imán para ese tipo de gente.

Pasaron un par de horas de eso, me puse a corregir un manuscrito y de pronto siento como que algo raro me observa. Y entonces vi al puto Cuatro Dos Tres. Estaba parado en el espacio entre mi cocina y el mueble ese donde puse el microondas. No te lo puedo describir, no para hacerme el Lovecraft sino porque no encuentro palabras para definir algo tan distante a lo humano a pesar de su fisonomía antropomórfica. Pensá en uno de esos garabatos que hacen los nenes cuando recién empiezan a interpretar la figura humana, ¿viste que siempre dan un cagazo de muerte? Bueno, así era esta cosa, o eso es lo más cerca que estoy de caracterizarla. Llegados a este punto, creo que no te va a hacer falta más palabrerío.

Para sintetizar, esa cosa me provocó tal conmoción que me quedé sin habla. Lo único que atiné a hacer, y ahora me parece lo más sensato, fue saltar por la ventana del departamento y echarme a correr. Ni un alma por la calle, ni perros, nada. Cada tanto me daba vueltas para ver si esa cosa me seguía y ahí estaba, moviéndose con esa forma desarticulada y antinatural, pero a la vez marcadamente orgánica.

En el camino habré dado con la solución, porque acá estoy, en este cybercafé de mierda —dando gracias a que Goya todavía tenga cybercafés que abren de madrugada—, mandándote esto.

Cuando lo leas, va a ser tu problema. Disculpame. Pero... pero no sabía qué hacer, y a vos estas cosas te suelen gustar. Pero no, no te lo mandé por odio ni envidia. Qué sé yo, supongo que me acordé de casualidad de lo de “mi abuela tiene un bicho”. De corazón espero que sepas qué hacer con esto. Yo solo quiero dormir, recuperarme. Lo escucho acercarse. Espero que estés conectado y lo leas antes de que sea tarde.

COSAS DE LA ABUELA SABINA

POR VÍCTOR LOWENSTEIN

Estos hechos ocurrieron en las épocas en que dibujábamos calcos en el *Simulcop*. Imagínense cuánto tiempo hace de eso. Una infancia de la que recuerdo todo eso como a la abuela Sabina, como la conocía el vecindario, y las cosas que de ella me contaba mi amiguita Julia, su nieta, hoy una mujer adulta que no debe acordarse de estas cosas y aunque yo también soy adulto las recuerdo y me propongo contarlas, a ver si en una de esas las entiendo yo también. Fueron unas semanas en que la vida barrial se alteró un poco por la conducta de la abuela Sabina, que corría a cada rato al almacén, del que volvía cargada de paquetes de arroz y botellas de ginebra *Bols*. Algún amiguito en común le preguntó a Julia qué le pasaba a su abuela. Ella nos contestó: “mi abuela tiene un bicho”, y no se dijo nada más.

Meses después, ella misma me relató los hechos. Una tarde en que fui a buscar a Juli, la abuela me hizo pasar a la cocina y nos sentamos ante la mesa que da a un patio lleno de limoneros.

—El bicho se apareció acá —dijo la abuela poniendo un dedo sobre la mesa de la cocina que daba al patiecito—. Siempre vienen del jardín, arañas, lagartijas, cascarudos...pero éste...

—¿Cómo era?

—Una mezcla de los tres, pero más grande que los tres juntos. Peludo, con patas como de sapo y grande como una tortuga. Se trepó por esta misma mesa y empezó a caminar hacia mí.

—¿Y no le dio un escobazo, Sabina?

—Quise, pero... ¿te acordás lo que hizo Tu Sam en el programa de Perciavalle anoche? Que miraba a la chica y ella se

quedaba como helada.

—Hipnotismo —dije.

—Eso, eso. Es lo que me hizo ese bicho asqueroso. Tenía dos ojos grandes, me miró y ya no me pude mover. Quedé dormida, o desmayada. Cuando me desperté había desaparecido.

—Se fue sin dejar rastros.

—Rastros quedaban, hijito. Sobre esta mesa quedó un rastro de baba como el que dejan los caracoles. Me subía por el pecho hasta el mentón...

Sabina se cubrió la boca con una mano para contener la náusea.

—¡Abuela, no me diga que...!

—Yo no digo nada, nene. Con miedo a tenerlo adentro, empecé a comer arroz a lo loco y a tomar ginebra, para ahogarlo, o emborracharlo, aunque sea, al coso ese.

“Bicho”, quise decirle, pero me mordí el labio antes de hablar.

—¿Y no le pasó nada, abuela?

—Nada de nada. Me habré bajado diez kilos de arroz y diez botellas de *Bols* en una semana. Y ni siquiera me sentía mal. Ahora (agregó, reflexiva) siento algunos retortijones de tanto en tanto, pero no sé si tengo la cosa adentro, o si a lo mejor no me lo imaginé todo. Vaya a saber ¿no?

Vaya a saber, sigo pensando yo si no serán cosas de la abuela Sabina.

UN BICHO

POR HERNÁN MOLINA

Esta tarde me ocurrió algo que me recordó a mi abuela.

Cuando yo era aún muy chico, mis padres me llevaron a vivir un tiempo con ella. Recuerdo que a mi abuela no le gustó mucho tener que cuidarme. Tampoco a mi papá. Por alguna razón que nunca me contó no me llevaban a verla muy seguido. Pero en esta ocasión mis padres tuvieron que viajar por una oferta de trabajo y no podían llevarme. Era una época difícil y no tuvieron elección.

Mi abuela no me hablaba mucho. Se ocupaba de las cosas de la casa, su jardín y su huerta. Yo inventaba mis propios juegos, ya que los vecinos no tenían hijos ni nietos, y ellos mismos evitaban siquiera dirigirme la mirada cuando pasaba frente a sus casas cuando jugaba en la vereda.

Cuando ella hacía sus cosas la escuchaba hablar... no, más bien murmurar... sola. Alguna vez intenté acercarme haciendo que mis juegos me llevaran hacia donde estaba ella. Parecía hablarle a alguien, en tono de reclamo... al menos es lo que me parecía. Pero en cuanto notaba mi presencia, volvía a su silencio y trataba de terminar rápido lo que estaba haciendo para pasar a otra cosa.

Una noche, cuando me iba a dormir, la escuché murmurar nuevamente; ella estaba en su habitación, a unos pasos de la mía. Me acerqué muy despacio tratando de evitar hacer algún ruido, pero antes de que llegara al umbral de la puerta, ella me dijo "pasá". No me asusté. Quizás porque lo dijo en un tono muy amable. Pensé que quizás siempre supo que estaba tratando de oír qué decía. Estaba sentada en su cama con un álbum de fotos abierto sobre su falda. Me invitó a pasar y sentarme para mostrar-

me las fotos. Todas eran fotos de su juventud, desde niña hasta su casamiento con mi abuelo. Mientras pasaba las páginas me contaba lo hermosa que había sido de joven... cómo todos los chicos del pueblo querían invitarla a bailar en las fiestas. Luego había algunas fotos de mi papá y mi abuelo, pero ella ya no aparecía en esas fotos. Cuando le pregunté por mi abuelo, ella cerró el libro y me dijo que ya era tarde y que debía irme a dormir. Yo hice caso sin decir una palabra, pero quedé muy inquieto por su silencio.

Al día siguiente ella estuvo algo nerviosa. Estuvo un rato trabajando en el jardín, pero volvió dentro enseguida. Yo aún no iniciaba mis juegos solitarios. Logré ver por una rendija de una puerta que unía el patio con la sala de estar cuando ella utilizaba una llave para abrir la puerta de un aparador al que yo nunca había prestado atención. Sacó un libro grande y pesado que rápidamente se llevó a su habitación, cerrando la puerta detrás de ella. La curiosidad me ganó. Me dirigí muy despacio hasta allí para intentar escuchar algo tras la puerta. Nuevamente la escuché murmurar, a la vez que escuchaba el paso frenético de las hojas del libro. Hasta que se detuvo. Por un largo rato estuvo en silencio. Temiendo que fuera a descubrirme, me alejé muy despacio para volver afuera. Más tarde salió de su habitación para avisarme que iba a salir de compras. A su vuelta, siguió con sus cosas.

Esa noche me despertó un ruido en la cocina... luego, la puerta que da al patio. Me levanté, algo dormido aún, y salí por la puerta que había dejado abierta. Pude ver lo que sucedía por la luz de la luna llena que brillaba intensamente en un cielo despejado. Ella se encontraba de rodillas en el piso de gramilla, de espaldas a mí. Había cosas a su alrededor... platos, ingredientes... como si fuera a cocinar algo. De repente vi que elevó ambas manos sosteniendo algo que al principio no distinguí bien. Lo siguiente que vi fue el destello de la luna reflejado en un cuchillo y la sangre que brotaba de una gallina que dejó de sacudirse en cuanto mi abuela

le cortó el cuello.

Nunca me escuchó correr sobre el suelo cubierto de tierra y pastos del patio.

A la mañana siguiente me desperté convenciéndome de que todo había sido un mal sueño.

Desde esa noche, mi abuela salía al patio todas las noches después de que yo me fuera a la cama. Las primeras noches me conformé con escuchar... hasta que nuevamente ganó mi curiosidad. Ella fue hasta un galponcito que había en el fondo, cerrado con candado. Abrió con la llave que siempre guardaba en sus bolsillos y dejó adentro un plato con algo. A mi vuelta, antes que se diera cuenta que la espiaba, vi que en la mesa de la cocina estaba su cuchillo de cocina... y una gran mancha de sangre.

Nunca más volví a seguirla por las noches al patio. Nunca más volví a acercarme al galponcito después de que le preguntara qué había allí. “Un bicho”, dijo ella.

A los pocos días volvieron mis padres a buscarme, para llevarme a nuestra nueva casa en otra ciudad.

Solo volví a saber de mi abuela unos meses después cuando mi papá me dijo que ella había muerto. “Fue un perro rabioso”, me dijo. Yo escuché cuando los vecinos le contaron que creían que alguien habría querido robar porque encontraron la puerta del galponcito abierta.

Todo esto fue lo que recordé cuando esta tarde vi a una joven rubia que caminaba por el barrio, orgullosa de su belleza, robando las miradas de todos quienes pasaban junto a ella. Era igual a las fotos que mi abuela me mostró de su juventud.



*¿Qué sucede cuando lo ordinario es
invadido por lo extraordinario?*

*Los relatos que forman parte de este libro
fueron seleccionados en el concurso “Mi abuela
tiene un bicho”, promovido por la revista
Lafarium en el año 2018.*

*Cada uno explora, a su modo, el mundo
monstruoso que comparte espacio con
el ámbito familiar.*



Oráculo
Ediciones